

BOŽENA

ESCENAS DE LA VIDA FEMENINA
EN LA MORAVIA DECIMONÓNICA

CAPÍTULO 1

LEOPOLD Heissenstein era uno de los ciudadanos más ricos e insignes de la pequeña ciudad morava de Weinberg¹. El que también fuera uno de los más apreciados estaba por ver y, por lo demás, en realidad no le preocupaba lo más mínimo. Algunos guasones del lugar opinaban que, en cualquier caso, era un hombre que tenía ingenio y gusto, algo que conllevaba su negocio..., a saber, un importante negocio de vinos que se había transmitido en su familia de generación en generación y que él había conducido a un extraordinario florecimiento.

Así como Leopold era el único hijo varón que había tenido su padre, también él tuvo un solo vástago varón, un chico maravilloso que había llegado como regalo navideño y que prometía proseguir gloriosamente con la fama de una saga de tan vieja tradición.

Una hijita a la que su mujer dio a luz en los últimos años de su matrimonio, la contemplaba Heissenstein como un regalo bastante inoportuno para satisfacer su fortuna. «Pues

¹ La región de Moravia se sitúa al sur de la República Checa, lindando con Austria y Hungría. Weinberg, la población en la que la autora enmarca la historia que narra en esta novela, está situada al este de la República Checa, en un territorio en el que la relación entre el pueblo eslavo (Moravia) y el de origen alemán (Silesia) era habitual, aunque cada uno mantuviese sus raíces, su lengua y sus costumbres propias.

—solía decir—, el hijo trae ingresos a la casa, mientras que la hija lo que trae son gastos».

A un hombre como Heissenstein, una dote, aunque se tratase de una muy aceptable, ni le iba ni le venía, razón por la que pronto despacharía a la niña.

La existencia de esta criatura, tan indiferente para el padre, supuso para la madre una fuente de indecible felicidad; la última de la que la enfermiza mujer gozaría en vida. El hijo le fue retirado de su cuidado en cuanto fue medianamente posible y se le trasladó a una institución educativa a Viena. Heissenstein había creído que cuanto antes se le liberase de la educación femenina y se le alejase de sus manos, mejor que mejor. El que hubiera hecho bien al tomar tal decisión, lo confirmaría a diario viendo la enfermiza influencia del amor idólatra que la madre profesaba a la pequeña Rosa. Las travesuras de la criatura la colmaban de una especie de guasona satisfacción. Incluso a él le había parecido cruel la implacabilidad con la que había separado a madre e hijo... ahora, sin embargo, la encontraba magníficamente justificada.

Él no pensaba en que la pobre mujer, en su evanescente vida, se agarraba con todas sus fuerzas a lo único que le habían dejado. No estaba acostumbrado a respetar los sentimientos de los demás, al menos no los de su silenciosa y prudente compañera sentimental. Lo que él hacía estaba bien hecho y la impresión que pudiera producir le era indiferente. Avanzaba con total tranquilidad y seguro de sí mismo, sin temor a nada ni arrepentimiento de nada. Y así, pleno de satisfacción, le sobrevino el más difícil de los golpes que jamás hubiera imaginado: la pérdida de su hijo. El muchacho murió de forma tan súbita que sus padres, alertados por su enfermedad y desplazados a toda prisa nada más conocer la noticia, no llegaron a verle vivo.

Pasó mucho tiempo antes de que Heissenstein fuese realmente consciente de su desgracia y aprendiese a aceptarla. El efecto de la primera gran pérdida que experimentara este hombre, tan seguro de sí mismo, fue aplastante.

«¿Para quién he trabajado?... ¡No tengo heredero alguno!». Ante este lamento, su dolor se agudizaba. Sus esperanzas habían quedado rotas, sus recuerdos llenos de amargura. ¿Quién echa gustosamente la vista atrás a una vida llena de esfuerzo, si sus frutos le han sido arrebatados? Heissenstein no podría dejar a un heredero lo que con su laboriosidad había logrado; por consiguiente, había desaparecido la recompensa a su diligente quehacer.

Por el contrario, la madre se comportó con maravillosa presencia de ánimo ante la muerte de su primer hijo. Nadie había oído cómo, al darle el último beso en sus labios, le había dicho: «¡Pronto estaré contigo!».

Una vez alejada del pálido difunto, se volcó con ternura redoblada hacia su risueña, sonrosada y alegre hijita, su ojito derecho. Firmemente convencida de la corazonada de una separación cercana, no escatimaba ni un solo instante que pudiera pasar con la criatura, se regocijaba con cada una de las sonrisas que pudiera sonsacarle, trataba de ganarse cada una de sus caricias y se amedrentaba y temblaba ante sus lágrimas.

La pequeña Röschen ya había alcanzado plena conciencia de su importancia y de la inviolabilidad de su voluntad cuando de repente se cerraron los ojos que habían estado pendientes de ella con tanto amor y mimo. La señora Heissenstein desapareció una mañana como lo hace una sombra que se disipa de la pared; sin una clara enfermedad previa, sin haber recibido el más mínimo cuidado, sin haberse despedido ni del temido marido ni de la amada hija. Antes de que el señor Leopold intuyese que también le amenazaba esta pérdida, tuvo que experimentarla.

¡Y qué curioso! A esa sumisa mujer, a la que mientras había vivido no le había prestado más que una atención muy superficial, ahora la echaba de menos de modo tan amargo como si hubiese sido el centro de todos sus intereses. Se apoderó de él un sentimiento de abandono que a nadie le invade con tanta desesperación como a aquel cuando al-

guien, cuya existencia ha explotado en beneficio propio, se separa de él. Finalmente hizo el intento de atraer hacia sí al único ser sobre la Tierra al que aún podía considerar suyo. Sin embargo, entre el padre, que no estaba acostumbrado a que le contradijeran, y su testaruda hijita no hubo manera de que se crease un vínculo. La testarudez y la insumisión de la niña pusieron pronto a dura prueba la paciencia del señor Leopold; prueba que no pudo superar. Algunas disputas intempestivas, de las que Rosa, a pesar de ser duramente tratada, salió triunfante, provocaron que su padre, espantado por la vehemencia de su hija, dejara la educación del diablillo en manos de la criada, una persona recia y de confianza, que tenía veintidós años y se llamaba Božena.

Aún en vida de la madre, la niña había mostrado hacia esta mujer un amor afectuoso que a menudo había provocado que la difunta se pusiese celosa. Rosa llamaba a la sirvienta «la bella Božena», tal y como había oído de otras personas, y sobrellevaba el rudo trato, que de vez en cuando le infligía, con alegre tesón.

La bella Božena, por su estatura y fortaleza, con osadía hubiera podido medirse con uno de los cabos de fila del cuerpo de guardia de Federico Guillermo I². Además, tenía un rostro expresivo e inteligente, en el que centelleaba un par de ojos negros como el azabache que podían provocar un leve espanto, incluso al más valiente de los hombres, y el sentimiento de haber caído en desgracia si la mirada se dirigía a él. Pero lo más hermoso en la bella Božena era el rubor de sus mejillas y la albura de sus dientes. No obstante, también destacaban sus labios, que se podían calificar de algo turgentes y tras los cuales se mostraba una maravillosa

² El rey prusiano Federico Guillermo I de Hohenzollern (1688-1740) fue apodado el rey sargento. Concedió mucha importancia al desarrollo del ejército y, debido a ello, reclutó a hombres de gran estatura y potencia física a los que formó en la disciplina militar y creó con ellos la llamada Guardia de Potsdam.

dentadura. Por lo que respecta a la nariz, no se le hacía ninguna injusticia si se decía de ella —como había hecho un gracioso miembro de la oficina de pasaportes en virtud de su oficio— que era «tal y como era habitual entre los lugareños». Božena despreciaba todo aquello que supusiera ornamento o finura, pero se tomaba en serio la escrupulosidad; en sus manos el trabajo parecía volar, y unos utensilios de cocina tan relucientes, una mesa tan hermosamente puesta, unas habitaciones mantenidas con tanta pulcritud como en la casa de los Heissenstein no se encontraban en muchas millas a la redonda.

Con la educación y el cuidado de la niña que le fueron encomendados en exclusiva, se manejaba como una osa se habría comportado con un pollito con el que se hubiera encariñado maternalmente. Cuando apretaba el gigantesco puño contra la pequeña y le daba una voz que parecía salida de las entrañas de un ogro, la intrépida criatura se reía, pero obedecía.

Božena estaba plenamente convencida de que tanto la niña como el hogar de su señor difícilmente podrían estar mejor atendidos por nadie que no fuera ella, y, debido a ello, vivía con tranquilidad, aunque sin dormirse en los laureles; estaba muy satisfecha con su destino, sin miedo a que nadie pudiera introducir alguna modificación en él.

Sin embargo, antes de que hubiese transcurrido un año desde el fallecimiento de la señora, a la que creía reemplazar de modo muy cabal y competente, su sensación de seguridad sufrió un sobresalto. Se extendió el rumor de que el señor Heissenstein estaba a punto de casarse por segunda vez, y precisamente fueron los curiosos que pretendían saber algo más concreto sobre aquel asunto los que pusieron a Božena sobre la pista. Tanto ellos como la noticia que traían le sentaron a Božena como una patadita en la tripa. Ella los recibió con cajas destempladas, y simuló estar convencidísima de que su señor jamás cometería semejante torpeza.

Desde ese mismo momento empezó a tener bajo estricta vigilancia al amo. A pesar de que prestó máxima atención le fue imposible percibir el más mínimo cambio ni en su forma de vivir ni en su humor. Como máximo, había notado que su estado de ánimo había empeorado algo en los últimos tiempos. Y Božena, cuyo modo normal de actuar era, cuando aparecía cualquier nubarrón o atisbo de perder el control, dejar que se desencadenase una tormenta en toda regla, después sonreía del modo más cordial posible cuanto más sombrío y ceñudo se mostraba el comerciante. Cuando una tarde este llegó a casa con un gesto especialmente desabrido y se retiró a su habitación, después de dar la orden de que se llevasen la cena que le habían preparado, Božena hizo el esfuerzo de reprimir su alborozo.

—¡Buenas noches! —exclamó, pero con la más dulce de las voces y, triunfante, añadió para sí—: ¡Ya le han dado calabazas!

Esa noche durmió muy bien y al día siguiente se dirigió al trabajo de extraordinario buen humor. Era domingo y, dado que el día anterior había hecho una limpieza a fondo y de modo especialmente concienzudo, hoy bastaba un ligero repaso. Božena estaba en esos momentos en el comedor ocupada con el cepillo y trapos, cuando entró el señor Heissenstein perfectamente afeitado y con un aspecto imponente, portando en la mano el libro de oraciones.

—Venga, termina —dijo—, viste a Rosa. Después de la misa voy a traer aquí a mi novia para que conozca la casa y a la niña.

Solo un rey al que de repente le hubiesen arrebatado la corona y el cetro sabe lo que Božena pensó al oír estas palabras. Su mirada le traspasó como un rayo desde la cabeza hasta los pies, y el gran desprecio que se había acumulado en sus labios hizo que estos parecieran más gruesos que de costumbre.

—¿Novia? —exclamó—. ¿Quiere usted volver a casarse?... ¿Para qué?

El señor Heissenstein se enderezó tanto como pudo frente a la gigante, se abotonó con orgullosa determinación la nueva chaqueta invernal marrón oscuro y replicó:

—Mi hija necesita una madre y yo necesito un hijo.

Tras estas palabras, abandonó la habitación con paso enérgico.

CAPÍTULO 2

LA novia que había elegido el señor Heissenstein, quien se encaminaba poco a poco a la senectud, era la hija de un profesor del Instituto Municipal de Enseñanza Media. Tras el fallecimiento de su padre se había trasladado a la capital de la región para ocupar un puesto de institutriz en casa del conde Karl von Rondsperg. A lo largo de diez años mantuvo de modo exitoso esta posición no sin tener que lidiar en algunas batallas. Transcurrido ese tiempo —tal y como aclaró la gobernanta con precisión—, había concluido la educación de sus pupilas. Todo el esmero de la formación había pulido las cualidades innatas de las jóvenes condesas.

La señorita Nannette pronunció un pequeño discurso en presencia de los condes y de algunos parientes de alta alcurnia. En su intervención defendió la idea de que tener que decir todo lo que aquí había que enseñar aún supondría para ella ponerla en un serio aprieto. Las intensas lágrimas de alegría que corrían por las varoniles mejillas del padre y por las delicadas mejillas de la madre recompensaron a la donadora de un reconocimiento tan honorable. Extasiada al contemplar el efecto que habían producido sus palabras, la oradora se dejó llevar por el incondicional elogio que siempre habían recibido sus esfuerzos pedagógicos por parte de la noble familia. A consecuencia de ello, la turbación de todos los afectos aún se potenció más; y cuan-

do la señorita Nannette concluyó diciendo que no le quedaba otra cosa más que hacer que separarse de ellos y llevar consigo el recuerdo de todas las cosas buenas vividas y gozadas, el conde y la condesa le pidieron que no les desgarrase el corazón.

¡Oh, qué bello momento, qué escena más maravillosa e inolvidable! Todos los presentes estrecharon a la señorita Nannette en un gran abrazo y besaron su boquita de piñón.

Sin embargo, el señor conde se dirigió inmediatamente a su habitación y cogió tinta y papel de su escritorio. Con la anuencia de su esposa y del administrador expidió una carta de recomendación, a modo de diploma, que era una maravilla por las opiniones que contenía, por el estilo y por el ampuloso lenguaje en que estaba escrito. No había ni punto y seguido ni punto final, sino que las frases fluían entre ellas y por separado, una corriente oratoria tan vasta para enumerar virtudes, méritos, privilegios y talento de la señorita Nannette requería toda su atención.

Y así fue como se dio forma a una auténtica fiesta familiar para la despedida de un valioso miembro del clan en que, de repente, se había convertido. Se intercambiaron los más santos juramentos de amor y agradecimiento eternos, y el padre, la madre y las hijas, por un lado, y la señorita Nannette, por otro, llegaron tan lejos en el paroxismo de sus sentimientos que uno diría, no, aún más, uno creería que el tiempo de la vida en común había sido una época bonita y feliz.

La institutriz había decidido, antes de marcharse de allí, crearse un nuevo campo de acción, visitar a algunos viejos parientes que aún vivían en su pequeña ciudad natal. Regresó entonces a Weinberg en el punto culminante de su mayor reputación, de su insignificante pensión y con algunos ahorros. El halo de gloria que había adquirido a través de los largos años de habitual contacto con lo más granado de la sociedad la rodeaba de un casi misterioso brillo que imponía especialmente a aquellos de sus conciudadanos que se consideraban empedernidos demócratas.

Ya varios días después de la llegada de Nannette, y aproximadamente nueve meses después del fallecimiento de la señora Heissenstein, se encontraron ambos en el paseo, el ciudadano más pudiente y la joven más culta de la ciudad.

Ella le acompañaba en el sentimiento por la pérdida sufrida y lo hacía con palabras elegidas con tan buen gusto que la frase sonó de un modo como jamás se había escuchado bajo los castaños de los parques municipales. Ella le recordó también con nostalgia las relaciones amistosas que había tenido en los hermosos tiempos de juventud con la noble difunta. Su mayor compasión, sin embargo, la suscitaba la preocupación que el «viudo soltero» sentiría por la existencia de una hija.

—¡Ay, señor Heissenstein! ¡Qué cruz para usted esa existencia! ¡Una cruz tan grande para un hombre, precisamente porque en realidad es demasiado pequeña para él! ¡Cómo debería afrontar él de manera correcta ese tiempo de formación, que es el todo en la educación de los niños! ¡El todo, señor Heissenstein!

En esta última palabra había puesto tanto énfasis que sonó como si se hubiese acumulado sobre ella todo el poder de convicción de miles de almas fanáticas. A continuación, se despidió con modesta dignidad y dando pequeños pasos con indecible regularidad, como si se desplazase con ruedas invisibles sobre un camino de guijarros.

El señor Heissenstein la siguió un momento con la mirada y pensó: «¡El momento de la formación, sí, sí... el momento de la formación y de la educación!» Desconocía, como es natural, qué había querido decir ella con esa expresión, pero las palabras se grabaron en su mente y, al mismo tiempo, despertaron en él un cierto respeto por esta sorprendente mujer que hacía uso de unas expresiones que no respondían a cómo ni tú ni yo ni las personas normales pronunciamos las palabras «agua» o «pan».

Él la volvió a ver, de vez en cuando la visitaba en casa de sus viejos parientes. El profundo respeto que estos tributa-

ban a la señorita, y la humilde delicadeza con que la venerada le trataba, le sentaron bien a su orgulloso corazón. Se convenció de que en caso de necesidad se podría acostumbrar al afilado rostro de Nannette. La decisión de casarse una segunda vez no le resultó fácil, pero, en cualquier caso, la tomó porque la señorita Nannette, a quien todos exaltaban y alababan, le acababa de parecer una persona lo suficientemente buena como para honrar la casa y para ser la madre del heredero que él ansiaba.

Un día él le ofreció solemnemente su mano derecha y ella se apresuró a depositar su pequeña zarpa sobre ella, de manera que casi le dejó desconcertado ante su inesperada y repentina suerte. Apenas había empeñado su palabra cuando se sintió conmovido por el presentimiento de que había hecho un gran sacrificio por el mantenimiento de la estirpe. El inmediato futuro confirmó este temor; fue una alianza desdichada la que el señor Leopold había sellado con la segunda señora Heissenstein. El hombre: rígido, intransigente, imbuido de confianza en sí mismo; la mujer, poseída por el demonio del control absoluto de la propiedad y el dominio de las formalidades cortesanas, habría renunciado más fácilmente a respirar que a ofrecer una buena instrucción.

Sometió a constante crítica el comportamiento de su marido, su modo de andar, de saludar, de hablar, de comer, y en toda esta relación de comportamientos buscaba reformarle a fondo a través de sus consejos.

El sorprendido señor Heissenstein le siguió con tranquilidad la corriente durante algún tiempo, y cada vez captaba mejor lo que ella había querido decir con que los «momentos educativos» eran el «todo»; en definitiva, lo más importante.

Durante largo tiempo guardó silencio, pero de repente se vino arriba y su furia era tan terrible que la señora Nannette jamás pudo recuperarse totalmente del estremecimiento que ese instante provocó en ella. Él manifestó que

sin haber sido nunca «educado» había logrado su fortuna, su valía y que había vivido los mejores años de su vida. Ahora no pensaba en recuperar aquello que, sin sentir ni el más mínimo perjuicio por ello, se había perdido en su juventud. El hombre no vive para abandonar ni una sola de sus costumbres, ya sea esta buena o mala. Fue entonces cuando él le indicó que empleara y practicara sus artes educativas con su hija, pues para eso se había casado con una institutriz y para eso estaba ella allí.

Esta orden pertenecía, naturalmente, a la gran cantidad de aquellas que se dan más fácilmente que se cumplen. A su manera, Rosa se sentía tan poco entusiasmada por someterse a la voluntad ajena como su señor padre. La niña, protegida bajo cuerda por Božena, desarrolló una increíble resistencia frente a la autoridad de la madrastra y eso condujo realmente a que la señora Nannette confesara que había algo de verdad en la afirmación de determinadas personas materialistas y nihilistas —contra las que hasta ese momento había luchado— de que había niños ante los que, debido a su carácter bravío, se sentían impotentes las más acreditadas autoridades pedagógicas, incluso las de mayor rango aunque estuviesen en posesión de insuperables y reconocidos métodos educativos.

Sin embargo, lo más lamentable era cómo se frustraban los esfuerzos de la señora Heissenstein para, al menos, ganar un poco de crédito ante los ojos de Božena. Si el señor Leopold y su hija eran unos enemigos cándidos, que solamente se resistían con fuerza cuando se les atacaba, en el caso de Božena parecía propensa a desconfiar de una belicosa obstinada y que a la mínima oportunidad siempre estaba dispuesta a despertar hostilidades. Por lo que respecta a la gestión de la casa, la señora Nannette tenía tan poca experiencia como un bebé, y se daban para Božena ocasiones más que suficientes para hacer sentir su superioridad, tanto si ponía en marcha con éxito exactamente lo contrario de una orden recibida, como si seguía al pie de la letra

una torpe disposición y con ello provocaba de modo cruel que la señora se pusiera en evidencia.

De este modo lamentable se había configurado la existencia de la señora Heissenstein II, y a ello se sumaba no poco coraje moral para, a pesar de ello, tal y como ella hiciera, salvar ante parientes y vecinos la apariencia de satisfacción y enviar cartas regularmente cada tres meses a sus pupilos de antaño, en las que solamente hablaba del amor hacia su marido y hacia la hija y de la «sincronía cósmica en la casa y en el ánimo».

Sin embargo, pronto entró en escena un acontecimiento que cambió por completo, para su bien, la posición de la señora Nannette en el viejo nido de la familia Heissenstein.

Božena se dio cuenta con indignación difícilmente domable de que el señor Leopold comenzó a prestar atención a su mujer y a tratarla con consideración. Cosas que hasta ese momento le habían dado completamente igual, ahora parecía que su ánimo y su situación cobraban importancia para él. «¿Qué tal le va a la señora?», preguntaba al llegar: «Prestad atención a la señora», decía al marcharse. Ella solamente podía dejar la casa si iba agarrada de su brazo. El comerciante adusto y refunfuñón empezó a darle nombres cariñosos a su Nannette, la nombraba «su encantadora primera dama de la Corte» y su «viejo y gris ratoncillo»; rogó a Božena y a Rosa la más incondicional obediencia al más nimio de los caprichos del ama y madre, y amenazó con castigar de la forma más inmisericorde cualquier intento de oponer resistencia.

Božena luchaba contra la desesperación; perdía el sueño y una parte de su apetito, y empezó a barrer la cocina como si fuese un torbellino. El número de piezas de vajilla y cacharros de cocina que por aquel entonces se convirtieron en escombros alcanzó una cantidad considerable. Se sobreentiende que hubiese sido más fácil dominar un volcán humeante y succionar la lava incandescente en lugar de expelerla que reprimir la erupción del rencor de Božena en

proceso de ebullición. No mucho después el señor Leopold encontró una mañana a su mujer y a su criada, la primera pálida de ira, la segunda roja de cólera, enfrascadas en un intercambio de palabras que solamente habrían requerido de su salmista para convertirse en inmortales al igual que aquellas de las reinas frente a la catedral de Worms³ o como aquellas de las hermanas coronadas en el parque de Fortheringhay⁴. El comerciante lanzó una mirada plena de preocupación a su mujer y una plena de rabia contenida hacia la descarada criada.

—¡¿Cómo te atreves?! —le gritó a la criada y se abalanzó sobre ella con la mano levantada.

Ella, sin embargo, de pie, echando la cabeza hacia atrás, y poniéndose en jarras, estaba ahí como una roca. Desafiante, clavó la mirada en su señor, cuya imponente figura se veía casi pequeña al lado de la gigantesca de ella, y le lanzó a la esposa una crítica a su actividad como madrastra y señora de la casa, una recriminación fulminante y concisa, con pocas frases cortas y bien aderezada de palabras alitsonantes.

Cada intento que el comerciante hacía de mantener a raya la grosera elocuencia de Božena, lo único que conseguía era que esta alcanzase un grado superior, de manera

³ Se refiere a un episodio del *Cantar de los Nibelungos*, en el que las reinas Brunilda y Krimilda entablan una agria disputa en torno a si tiene mayor rango Sigfrido, marido de la primera, o Gunther, marido de la segunda, y, consecuentemente cuál de estos dos tiene preferencia en el cortejo real para entrar en la catedral. Este episodio conduciría a la muerte de Sigfrido y a la destrucción de los nibelungos.

⁴ Marie von Ebner-Eschenbach, gran lectora de obras dramáticas, quiso dedicarse a escribir teatro, y entre las obras que leyó está la de Friedrich Schiller *María Estuardo*, cuya escena tercera se desarrolla en el parque de Fortheringhay. Esta escena de la entrevista entre María, reina de Escocia, y la que reinaría después como Isabel I, representa la lucha entre el catolicismo y el protestantismo, a través del encuentro entre estas dos mujeres medio hermanas. Isabel había sentenciado a muerte por decapitación a su media hermana María.

que crecía la furia de la gigante y subía de tono mientras él se alborotaba como la fogata llameante atizada por una tempestad avivada por uno mismo.

Al fin Heissenstein hizo rápido acopio de todas sus fuerzas:

—¡Fuera! ¡Canalla! Fuera de aquí... fuera de esta casa..., ¡estás despedida! —gritó tomando aire ante cada frase que iba a pronunciar.

La respuesta fue una carcajada salvaje.

—¡Despedida?! —repitió Božena con fiero sarcasmo—. ¡Despedida!... de eso nada, soy yo quien se va de aquí por propia voluntad. ¡Y me voy hoy, ahora mismo me voy de aquí!

La indomable altanería de la auténtica plebeya salió a la luz con estas palabras y anunció triunfante lo que no dijo con ellas, a saber: ¡Me voy, y la afabilidad, el orden, el bienestar de la familia me los llevo conmigo!

Embriagada por la voluptuosa corazonada de la venganza, Božena se precipitó hacia la salida. Ya había alcanzado el umbral y había agarrado el picaporte, cuando de repente notó que alguien tiraba de su vestido y se sintió retenida. Sin darse la vuelta, trató de zafarse de lo que le impedía seguir adelante con su triunfal huida. En ese momento sus dedos acariciaron unos rizos suaves y sedosos, ahí estaba su mano posada sobre la cabeza de una niña. Transida de dolor, como si hubiese tocado un hierro candente, se estremeció. Un sonido, ni grito, ni sollozo, un gemido atormentado escapó de entre los labios entreabiertos de la gigante.

—¡Fuera de aquí, diablillo! —exclamó, y la fuerte emoción que ella trataba de combatir con furia dio a su voz un sonido ronco y extraño. Pero la mimada y consentida pupila de Božena no se dejó amilanar tan fácilmente. Más bien al contrario, Rosa agarró a su destemplada amiga tiroleándola del vestido aún con más fuerza y repitió sin cesar y en diferentes tonos:

—¡Quédate! ¡Por favor, quédate! ¡Quédate conmigo!

Y Božena, como si se tratase de un Sansón que de repente hubiese perdido el sentido, se mordió los labios y gesticuló

retorciéndose las manos. A pesar de ello, el resultado fue que se agudizó la ira más acendrada contra el desasosiego que la aquejaba ante la dicotomía de elegir entre ella y su victoria; y contra ese ser desagradecido que se colgaba de su vestido y decía: ¡Quédate! en lugar de decir: ¡Vete, libérate! Pero no hay manera de que Rosa se eche atrás. Pero aún menos Božena, eso es seguro. Por fin logra desprenderse de la niña, se marcha sin echar la vista atrás sobre esa testaruda... Si lo hiciera, ¿quién sabe lo que podría suceder!

¡No lo hace, no quiere hacerlo! Y mientras dice que no quiere hacerlo... ha sucedido.

¡Oh, santo cielo! Allí estaba la niña frente a ella, con su camisoncito y totalmente desgredada, con un plumón de la almohada enganchado entre las greñas, como si fuese un copo de nieve, y es la viva imagen de aquel Niño Jesús que Božena había comprado en el último mercadillo navideño... La pequeña había saltado de la cama para perseguirla y en ese momento pataleaba con sus pequeños pies desnudos sobre el suelo, sumida en la impaciencia mientras, enfurruñada e intentando camelarla, preguntaba:

—¿Quién me va a dar hoy el desayuno? ¿Quién me va a vestir?

En aquel instante se derrumbó la dignidad que siempre había mostrado Božena. Efectivamente, «¿quién se lo va a dar hoy, y mañana, y siempre?». Clamó con un estallido de apasionada y lastimera queja que conjugaba rabia, porfía y fortaleza. Levantó a su protegida y la estrechó contra su pecho con ferviente amor. Una última pugna y la imponente mujer se inclina hasta casi tocar el suelo, con la niña siempre en sus brazos, ante la señora que siempre la había aborrecido. Por primera vez en su vida salió de sus labios una palabra de conciliación:

—¡Perdóneme, señora! ¡Perdóneme, señor! ¡No me despidan! —imploró con humildad; precisamente ella que se sentía imprescindible e irremplazable.

Y, en efecto, la mantuvieron a su servicio. Pero Božena tuvo que pagar cara la confesión de que no se podía separar

de la familia Heissenstein. «Tener poder y no malgastarlo es una virtud»... La señora Nanette carecía de esta virtud. No se ahorró con la leona herida ni una sola patada y ni una sola pulla. Sus mezquinas quejas las soportaba Božena con entereza. Una vez que fue consciente de que estaba sólida e indisolublemente encadenada a aquella familia, aguantó las consecuencias de su debilidad con generosa resignación.

Solamente los muy perspicaces se daban cuenta de que estaba sufriendo. Un antiguo encargado, empleado del señor Heissenstein que siempre trataba a Božena con distinción, y que, a cambio de ello, disfrutaba de una benevolencia que la bella Božena no solía dispensar al género masculino, le preguntó:

—¿Cómo le van las cosas?

Y ella respondió sin garbo, pero sí con fuerza:

—¿Cómo cree usted que me irá? Me trago la bilis y me sorbo las lágrimas.

Llegó el día en que el señor Heissenstein ordenó a la fámula que fuese al desván a coger la cuna. Božena obedeció en silencio, pero por la noche se levantó, se acercó a la camita en la que dormía su querida niña y dijo con un profundo quejido: «¡Ay, pobrecita! ¡Ay, pobrecita!».

Y llegó otro día en que el señor Heissenstein, tieso e impertérrito como una estatua, se apoyó contra la ventana del oscuro salón revestido de madera y miró fijamente hacia el exterior con los ojos enrojecidos. A pesar de la quietud externa, todo su ser estaba agitado, murmuraba palabras incomprensibles, y su mortecino rostro mostraba la más extrema impaciencia. Rosa estaba sentada en una de las altas sillas de madera. Había intentado muchas veces escabullirse en silencio de la habitación, y otras tantas había tenido que escuchar por parte de su padre una autoritaria orden, un «¡de aquí no te muevas!», que le impedía la marcha. Comenzó a tenerle miedo, a tener miedo del silencio, de la irrupción de la oscuridad al caer la noche; ya no se movía, sino que, para desterrar el miedo, contaba los vasos

y tazas que había sobre los antiguos vasares. Primero lo hacía en silencio, después con un leve susurro, finalmente cantando a media voz al son de una melodía inventada.

En ese momento se hizo perceptible un ruido. Se abrió la puerta y bajo el dintel apareció Božena portando en la mano una luz que iluminaba sus facciones de un modo deslumbrante. Había en ellas una expresión de extraña mezcla de sentimientos de alegría y de preocupación. Heissenstein salió de su ensimismamiento, se alejó de la ventana y se acercó a la gran mesa de comedor posando sobre ella sus manos. Le temblaban las rodillas y de su pecho se escapó una silbante respiración.

Božena exclamó:

—¡Venga, señor! ¡Venga!

Miró fijamente a la mensajera con mirada a la par interrogante y expectante. Después, jadeó sin modificar un ápice su posición:

—¡Dilo de una vez! ¡Es un niño! ¡Es un niño!

—¿¡Qué niño!? —replicó Božena—. Haga usted el favor de venir, su mujer no se encuentra bien.

Heissenstein se enderezó súbitamente y siguió a la criada con pasos decididos, aunque cansados.

—Pero la criatura..., la criatura ha nacido, ¿no? ¿Vive? —refunfuñó.

—Ha nacido... y vive —repitió ella.

—¿Es un chico?! —añadió él, casi gritando de angustiosa tortura.

—Es una niña —dijo Božena.

Lo dijo tranquilamente, en tono conciliador. Sin embargo, él, fuera de sí, profundamente confuso, parecía querer deducir que la voz de ella había sonado con sarcasmo y alegría por el mal ajeno. Soltando una maldición se abalanzó sobre la inoportuna pregonera de la noticia, chocando contra su pecho, lo que provocó que esta se tambaleara. El señor Heissenstein se marchó... no a la habitación de su mujer, no para ver al bebé recién nacido, sino de regreso a su aposento dando un portazo y cerrando la puerta con llave.

A Božena, aturdida por un instante por el inesperado impacto, se le cayó el candelabro. Pero al poco tiempo ya se había envalentonado. Dedicó a su señor una carcajada maliciosa y le abrió los brazos a su pequeña Rosa, que se dirigió a ella a toda prisa. Alzó a su querida niña y exclamó exultante:

—No tiene un hijo... no tendrá más hija que tú, tú seguirás siendo la única... ¡Esas dos de ahí morirán! —susurró al oído de la niña acariciándola—. Tú vives, tú vivirás... ¡Y serás hermosa, rica y feliz!